Ricitos de Oro y los tres osos

Colorea tu cuento



Este libro es de:

.....

Escucha el cuento

y sigue la historia.

Una mañana luminosa, una niña curiosa llamada Ricitos de Oro siguió un camino de mariposas azules y se adentró en el bosque más de lo que había planeado. "Una mariposa más", dijo. "Después regresaré."

Pero una mariposa se convirtió en dos, y dos se convirtieron en tres, hasta que el sendero desapareció detrás de los helechos. Ricitos de Oro se detuvo. El bosque parecía amable, pero estaba muy silencioso. "Sendero, sendero, ¿dónde estás?", llamó.



Solo respondió un pájaro carpintero: *toc*, *toc*, *toc*. Entonces percibió un aroma cálido y dulce. Canela, avena y miel flotaban entre los árboles. Siguió el aroma hasta una casita de madera con tres macetas junto a la puerta: una grande, una mediana y una pequeña.

En esa casa vivían tres osos. Papá Oso tenía una voz profunda y resonante. Mamá Osa tenía una voz tranquila y melodiosa. Osito tenía una voz alegre que rebotaba como una pelota. Esa mañana habían preparado avena juntos. Papá Oso revolvió el tazón más grande. "Vuelta y vuelta, despacio y con cuidado." Mamá Osa revolvió el tazón mediano. "Vuelta y vuelta, suave y bien mezclada."

Osito revolvió el tazón pequeño tan rápido que un copo de avena aterrizó en su nariz. "Vuelta y vuelta y... *¡achís!*" La avena estaba demasiado caliente, así que los osos salieron a caminar un momento mientras se enfriaba. "Seguiremos el camino de los robles y volveremos enseguida", dijo Mamá Osa.

Ricitos de Oro llegó al escalón de la entrada justo después de que se fueran. Tocó tres veces. *Toc. Toc. Toc.* Nadie respondió. Volvió a tocar. *Toc. Toc. Toc.* Nadie respondió. Ricitos de Oro debía esperar afuera, pero el aroma delicioso hizo que le rugiera el estómago.

"¿Hola?", preguntó mientras empujaba la puerta. "¿Hay alguien en casa?" Sobre la mesa había tres tazones de avena.

Ricitos de Oro probó la avena del tazón grande. "¡Uf! ¡Demasiado caliente!" Probó la avena del tazón mediano. *"¡Brrr!* ¡Demasiado fría!" Después probó la avena del tazón pequeño. "Calientita, cremosa y perfecta para mí." ¿Ayudamos a Ricitos de Oro a revolverla? Muevan un dedo dando vueltas. Despacio y con cuidado. Suave y bien mezclada. Vuelta y vuelta hasta que... ¡oh! El tazón pequeño quedó vacío. "Solo quería probar una cucharada", susurró Ricitos de Oro.

Sus pies estaban cansados, así que miró las tres sillas junto a la chimenea. Se sentó en la gran silla de Papá Oso. "Demasiado dura." Se sentó en la silla acolchada de Mamá Osa. "Demasiado blanda." Se sentó en la pequeña mecedora de Osito. "¡Esta es perfecta para mí!" Ricitos de Oro se meció hacia adelante. Se meció hacia atrás. Adelante, atrás, *cric* y *¡crac!* La silla se inclinó y uno de sus travesaños de madera se soltó.

Ricitos de Oro lo miró. "Ay, no. Debo arreglarlo." Intentó encajar el travesaño, pero no se mantenía en su lugar. Decidió descansar un minuto para pensar en un plan.

En el piso de arriba había tres camas. La cama de Papá Oso era alta y firme. "Demasiado alta." La cama de Mamá Osa estaba cubierta de almohadas. "Demasiado esponjosa." La cama de Osito tenía una colcha de retazos con lunas y estrellas. "Esta es perfecta para mí." Ricitos de Oro se cubrió con la colcha y escuchó el susurro de las hojas. Silencio, bosque. Silencio, árboles. Antes de pensar en un plan, se quedó profundamente dormida.

Poco después, los tres osos regresaron de su paseo. Papá Oso miró su tazón. "¡Alguien probó mi avena!" Mamá Osa miró el suyo. "Alguien también probó mi avena."

Osito miró su tazón vacío. "¡Alguien probó mi avena y se la comió toda!" Los osos siguieron un rastro de copitos de avena hasta la chimenea. Papá Oso miró su silla. "¡Alguien se sentó en mi silla!" Mamá Osa acomodó su cojín. "Alguien también se sentó en mi silla." Osito levantó el travesaño suelto. "¡Alguien se sentó en mi silla y la rompió!" Parecía más triste que enojado.

Los osos siguieron un rastro de rizos dorados hasta el piso de arriba. Papá Oso exclamó: "¡Alguien se acostó en mi cama!" Mamá Osa dijo: "Alguien también descansó en mi cama." Osito señaló su colcha. "¡Alguien está durmiendo en mi cama ahora mismo!"

Ricitos de Oro abrió los ojos y vio a tres osos sorprendidos. Se levantó tan rápido que la colcha voló sobre su cabeza. *"¡Aaaah!* ¡Osos!" Osito también saltó. *"¡Aaaah!* ¡Una persona!" Durante un instante muy gracioso, todos se escondieron: Ricitos de Oro debajo de la colcha, Osito detrás de Mamá Osa y Papá Oso detrás de una cortina demasiado pequeña para él. Mamá Osa respiró lentamente. "Comencemos de nuevo", dijo. "Uno a la vez."

Ricitos de Oro asomó la cabeza. "Me llamo Ricitos de Oro. Me perdí y tenía hambre. Toqué la puerta, pero nadie respondió. Después entré sin permiso, comí la avena de Osito y rompí su silla. Lo siento mucho."

Papá Oso salió de detrás de la cortina. "Estar perdida explica por qué necesitabas ayuda." "Pero tomar cosas sin pedir permiso sigue estando mal", agregó Mamá Osa con amabilidad. Osito levantó el travesaño. "¿Me ayudas a arreglar mi silla?" Ricitos de Oro asintió. "Sí. Y también prepararé más avena."

Juntos llevaron la silla al banco de trabajo de Papá Oso. Él le mostró a Ricitos de Oro cómo encajar el travesaño. Mamá Osa agregó una gota de pegamento para madera. Osito sostuvo todo en su lugar. "Presiona y no lo sueltes", dijo Papá Oso. Ayudémoslos a contar. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. El travesaño quedó firme.

Después, Ricitos de Oro preparó otro tazón pequeño de avena y revolvió con cuidado. "Vuelta y vuelta, despacio y con cuidado." Mamá Osa sonrió. "Vuelta y vuelta, suave y bien mezclada." Osito se alejó un poquito del tazón. "Vuelta y vuelta... ¡y esta vez sin avena en la nariz!" Todos rieron.

Cuando terminaron, los osos acompañaron a Ricitos de Oro hasta el sendero. Las mariposas azules bailaban sobre los helechos como si la hubieran estado esperando. En la curva, Ricitos de Oro se despidió con la mano. "Gracias por ayudarme a encontrar el camino. La próxima vez preguntaré antes de entrar, antes de probar y antes de sentarme."

Osito también se despidió. "Y la próxima vez guardaremos un tazón para ti."

Desde aquel día, Ricitos de Oro siguió explorando, porque la curiosidad puede llevarnos a descubrimientos maravillosos. Pero llevaba un pequeño mapa, avisaba a dónde iba y recordaba que debemos cuidar el hogar de los demás. Y cada vez que visitaba a los osos, había cuatro tazones sobre la mesa: uno grande, uno mediano, uno pequeño y uno dorado que siempre era perfecto para ella.

